

Jens Smærup Sørensen

DÍAS SEÑALADOS

Traducción del danés
Enrique Bernárdez



Madrid, 2014

Título original danés: *Mærkedage*

© de la obra: Jens Smærup Sørensen & Gyldendalske Boghandel
Nordisk Forlag A/S, Copenhague 2007
Publicado por acuerdo con Gyldendal Group Agency
© de la traducción: Enrique Bernárdez, 2014

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: septiembre de 2014



Este libro ha sido publicado con la ayuda del
Danish Arts Council's Committee for Literature.

El autor ha recibido el apoyo de la Sección Literaria del Consejo de las Artes
para la realización de este libro.

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: FA

ISBN: 978-84-942862-0-9

Depósito Legal: M-23604-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

NOTA DEL AUTOR

Las palabras indicadas con · se explican en las páginas 430-431.

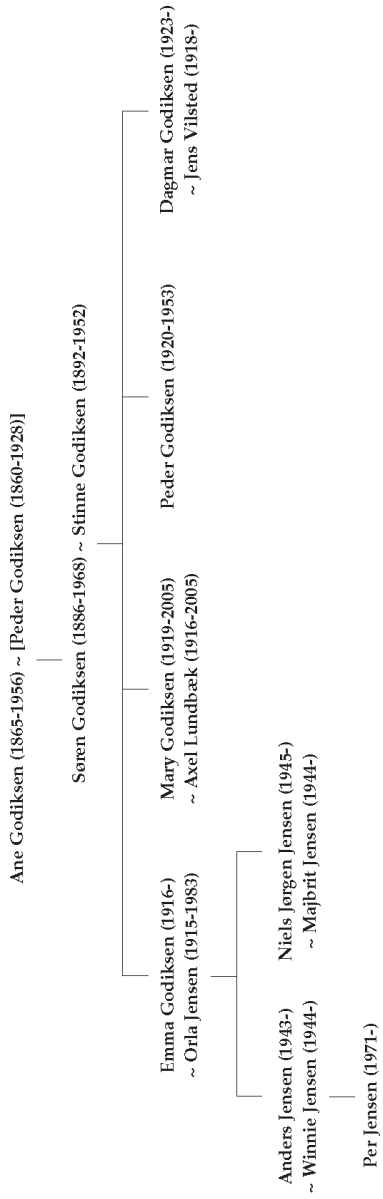
Aunque la aldea en sí donde transcurre la historia es ficticia, los territorios son reales. En el mapa de la página siguiente figuran las principales zonas del libro: a la izquierda y bastante apartada del resto, la pequeña Staun; a la derecha, la gran ciudad de Aalborg y un poco más al noroeste, las bases aéreas que se construyeron durante la Ocupación alemana. Entre Staun y Aalborg figura Nibe, también presente en el texto.

NOTA DEL EDITOR

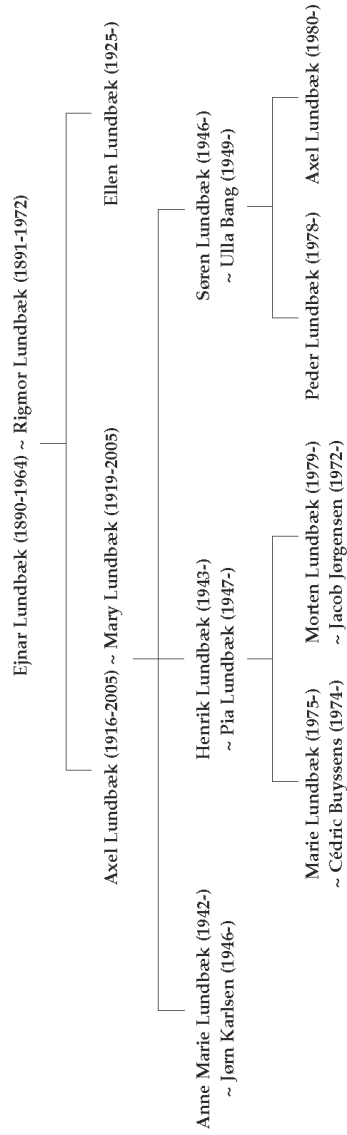
A continuación se incluyen dos árboles genealógicos correspondientes a las dos principales familias de Staun: los Godiksen, de la granja de Bisgaard, y los Lundbæk, de la granja de Kristiansminde.



Bigaard



Kristiansminde



I

Un sábado por la tarde

El sol, aún poderoso sobre la orilla, seguía llenando los instantes. Los potentes rayos dorados sobre la hierba, y a lo lejos el fiordo —que con casillas blancas y negras dejaba escapar el abrumador azul del día—, y denso a su alrededor el aroma de la tierra, a putrefacción y a crecimiento.

Podría haberles hecho olvidar el resto del mundo y olvidarse también de sí mismos. Mientras caminaban, en la luz del ocaso, hacia el talud, en el silencio de aquella tarde de primavera, aquella vez.

Estaban atados. No lo mencionaban jamás y tampoco aquella tarde lo hicieron, aunque todo indicaba que así era. El silencio mismo parecía musitarlo, la luz lo escribía sobre el cielo: tenían que estar juntos. Y los tres pensaban que era bueno, magnífico, que aquello flotara así en el aire. Nunca era preciso pronunciarlas, pero las palabras lo decían bien a las claras. Palabras de un género que quizá, de repente, desgarraran los lazos que los unían.

Así de frágiles eran. Ellos mismos lo sentían: bastaría una sola palabra fuerte y clara para romperlos; pero, al mismo tiempo, aquellos lazos invisibles e indecibles eran muy fuertes, lo bastante fuertes para resistir mientras los tres vivieran. Y estaban seguros de que *justamente* se estaban pronunciando esa tarde, mientras caminaban por la hierba hacia la cima de la colina, sin decir ni una palabra.

El día entero había desaparecido tras ellos. El pueblo, sus familias y sus granjas, incluso el día siguiente, estaban desapareciendo. Todo lo que de grande hubiera de suceder al día siguiente desaparecía ya, ahora.

Banderas que izar. Y huéspedes que llegarán ya en las primeras horas de la mañana desde todos los rincones del mundo, vociferando y gruñendo. Y el desfile por la nave de la iglesia, y las preguntas que al pastor se le ocurriera hacer, y la fiesta en la casa de reuniones; todo estaba muy, muy lejos. Todo el domingo de la confirmación había quedado muy atrás en menos de un instante o se había perdido hacia lo lejos, como algo soñado en otra ocasión.

Que Peder sería el personaje principal del día, y que desde que despertara y abandonara las sábanas como una exhalación hasta que tuviera que volver a la cama, eso no podía ni rozar un solo nervio de su cerebro. Todos sus pensamientos estaban hundidos en su cuerpo. Lo único que en aquella calma azul y purpúrea podía significar algo era ir allí: ir allí, con Axel y con Ellen.

Estaban atados, y si Peder estaba atado a Axel y Axel a Peder, era por Ellen, y era por la atención que ambos dispensaban a Ellen por lo que ella se había atado a ellos, sí, y por lo que se sentía tan inmensamente feliz por los dos.

Desde que tenía dos años, o en cuanto sus padres abandonaron sus últimas esperanzas de que la niña pudiera llegar a andar alguna vez, Peder empezó a ir por su casa de Kristiansminde y a llevarla de paseo. La cargaba a la espalda o corría con ella sentada en un carrito; él tenía cinco o seis años.

Antes, los padres de Ellen habían acogido a Axel en la familia, mucho antes de que naciera la niña. Lo habían adoptado de una prima de la madre o algo así, de alguna que se había quedado viuda o lo que fuera que hubiera pasado. En todo caso, había nacido muy lejos y todos parecían saberlo a la perfección aunque nunca hablaran del asunto, lo que ya de por sí decía mucho. De modo que Axel era el hijo de la hacienda de Kristiansminde y era hermano de Ellen, todo lo hermano que alguien podía serlo de una hermana. Enseguida se le metió en la cabeza la misma idea que a Peder: ayudarla. Quería ocuparse de que ella también pudiera ir por donde quisiera.

Así que los dos, Axel y Peder, iban siempre con ella. Y siempre estaban de acuerdo en todo lo que tenía que ver con ella, en todo, aunque Axel era mucho más grande. Tenía cinco años más que Peder, pero Ellen conseguía que la diferencia no se notara. Sabía borrar las diferencias. Y si, pese a todo, algo duro y frío amenazaba con interponerse entre Axel y Peder, ella sabía ablandarlo y fundirlo, sólo con su mirada y su sonrisa.

De modo que los tres suben a la colina bajo el sol vespertino aún templado y es Axel quien lleva a Ellen a caballito sobre los hombros. Y claro que también podía haberla llevado Peder, pues sus fuerzas han ido creciendo a la par que la estatura y el peso de la niña. Puede llevarla sobre la espalda un buen trecho, pero lo hará cuando vuelvan a bajar de la colina.

Porque ni que decir tiene que Axel es el más fuerte, con mucho. Dentro de poco cumplirá los diecinueve. Ya es adulto, así que es él quien tiene que llevarla cuesta arriba, sin que haga falta decirlo, y

tampoco Peder dijo nada. Los tres lo saben, claro: él podrá llevarla a la vuelta. Y Ellen nunca se ha inmiscuido en cómo se repartían la carga que ella representaba, como si nunca hubiera pensado, en realidad, en sí misma como tal; de modo que va sentada sobre los hombros de Axel como si fuera lo más natural del mundo. Y dentro de poco dejará que la suban a la espalda de Peder, sin que su semblante se vea alterado por la mínima idea de que no todo es exactamente como tendría que ser.

Primero se quedaron un rato en la cima de la colina. Axel levantó por encima de la cabeza para ponerla en el suelo. En ese momento le dijo a Peder que la sujetara de un brazo mientras él la agarraba del otro. Los dos la sujetaron con fuerza por debajo de las axilas y la colocaron entremedias de ellos, como si estuviera de pie sobre sus propias piernas. Estas colgaban y sus pies rozaban apenas la hierba. Pero de todos modos estaba en medio de los dos, bien erguida, y Peder y Axel comentaron que vaya, ha crecido un montón. Y lo cierto es que ya tenía nueve años y le llegaba a Axel hasta un poco más arriba de la cintura y a Peder, casi hasta los hombros. Y se quedaron en silencio otra vez, en fila, un rato.

Y más o menos así lo contó también Søren Lundbæk muchos años después. Que era eso lo que le había oído contar a su padre sobre aquella tarde.

Pero entonces Ellen vio un gran pájaro por encima de ellos. Y señaló con un dedo y soltó unas risitas, y ayer y esta mañana eran como un sueño, pero ese pájaro, justo ese de allí, era auténtico; en un instante se convirtió en algo así como un sueño dentro del sueño. Tampoco eso lo olvidaron.

El gran pájaro se elevó sobre sus anchas alas muy por encima de la colina. Ellos fueron girando los rostros despacio para seguir su vuelo sobre la granja. Y el pájaro regresó de nuevo sobre sus cabezas y descendió otra vez hacia los campos. Sobre la cebada que empezaba a brotar y sobre las estrechas hileras de remolacha y más allá, sobre la charca, y se elevó más aún sobre el fiordo y volvió a dirigirse hacia ellos por segunda, por tercera vez, aquel gran pájaro. Voló entonces por encima del bosque antes de trazar un círculo en torno a la colina. Luego descendió abruptamente hacia la loma, descendió veloz hacia las altas hierbas, y no volvieron a verlo.

Peder había estado moviendo las caderas como si marcara con su cuerpo la aérea singladura del pájaro, moviéndose en curvas, deslizándose hacia el suelo. Ahora echó la espalda hacia atrás, tranquilo, y dijo que seguro que sería una de esas águilas tan grandes. Pero Axel dijo que probablemente no, porque las águilas eran muy raras y, además, gigantescas. Y Ellen dijo que de todos modos sí que era un pájaro muy grande.

Siguieron de pie en la hierba un poco más, en lo más alto de la colina, solos los tres de nuevo, y no había nada más que el cielo por encima y la tierra por debajo de ellos, y una luz cada vez más incandescente de un sol cada vez más grande sobre el fiordo, al oeste. No había nada más, y era como una pequeña eternidad, y el instante siguiente era ya algo que siempre querrían recordar.

II

1934

Si todos y cada uno de los huéspedes se sentían objeto de especial bienvenida —y todos los que dejaban traslucir algún sentimiento daban esa impresión— no era porque Søren Godiksen los recibiera rebosante de cordialidad. Apenas miraba a nadie. Se limitaba a dejar que le cogieran la manaza, flácida, que mantenía ante sí de forma bastante ausente, y los cordiales apretones y las agradecidas risas que proferían no alteraban el menor músculo de su rostro.

Tenía el mismo aspecto de siempre. Sí, como cuando estaba cuidando de sus cerdos, con el mismo asomo lejano de sonrisa en la boca entreabierta, pero aquello les bastaba a todos. Tampoco cuando, con los intervalos acostumbrados, apuntaba los labios y producía un par de sonidos aflautados había nadie que hallara motivo para refrenar sus parabienes. Era más que satisfacción, muchos estaban sinceramente felices —y esto se refiere tanto a los diversos invitados del pueblo como a los miembros de la familia— cuando se limitaba a dejarles coger alguno de sus dedos gruesos como pulgares; nadie deseaba lo más mínimo alterar con su llegada aquella mirada azul dirigida al infinito.

Porque Søren Godiksen tenía algo especial, algo *bueno*, dirían algunos. Seguro que durante muchos años no dejarán de repetir que

SIGUE LEYENDO

A la venta: **22-09-2014**

DÍAS SEÑALADOS

Jens Smærup Sørensen



ISBN: 978-84-942862-0-9. **PVP:** 19,00 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)
Distribución en Latinoamérica: Azteca (www.aztecadifusoradelibros.es)